

La vida sencilla

por E. Morris Sider

En una era de abundancia, ¿por qué habríamos de practicar los cristianos la sencillez en la vida? ¿Por qué deberíamos negarnos a nosotros mismos los cristianos los lujos relativos que la mayoría de los norteamericanos se pueden permitir?

El hecho mismo de que hagamos este tipo de preguntas revela la influencia que tiene sobre nosotros nuestra cultura. La propaganda comercial con la cual se nos bombardea, insinúa que no seremos realmente felices, y nunca nos sentiremos satisfechos, a menos que compremos los últimos y mejores de todos los productos. Hasta la misma Iglesia refleja a veces la forma de pensar del mundo: "Ama a Jesús y serás rico", es la promesa que escuchamos de vez en cuando desde los púlpitos y de los comunicadores religiosos.

No obstante, hay otras voces que también merecen nuestra atención, en especial la Biblia y, por encima de todo, el ejemplo de Jesús, cuyo estilo total de vida humilde y modesta fue simbolizado por el pesebre en el cual fue colocado al nacer. Ciertamente, durante su ministerio, Él pudo afirmar que no tenía un lugar donde reclinar la cabeza. A sus discípulos los llamaba a dejarlo todo para seguirle. Enseñaba que a un rico le sería difícil entrar en el Reino de los cielos. Elevaba a posiciones de importancia espiritual a gente pobre y humilde, como la viuda de las dos blancas, el muchacho que le entregó los panes y los peces, y el niño que Él mismo puso en medio de los discípulos.

Nosotros, que somos seguidores de Cristo —somos sus discípulos del siglo XXI—, debemos convertir su ejemplo en una acción adecuada a nuestra vida y nuestros tiempos. Hay cristianos que proponen que hagamos esto a base de compendiar de manera consciente o subconsciente una lista de actividades a realizar o a evitar, según se ajusten o no a un estilo de vida cristiano. Cualquiera que sea el valor de una lista así para un cristiano en particular, a un nivel más amplio podría implicar que la justicia de la persona depende de la forma en que se ajuste a la lista. Éste es el legalismo que Jesús condenaba en los fariseos.

Sin embargo, sería correcto que habláramos de aquellos principios que guían el estilo de vida del cristiano, puesto que se hallan claramente establecidos en la Biblia, y son aplicables a todo tiempo y lugar, lo mismo a los discípulos y a la Iglesia del Nuevo Testamento, que a los cristianos de nuestro propio siglo. Los principios que siguen, se hallan entre aquéllos que se deben tomar en serio todos los que proclaman ser seguidores de Jesucristo:

La sencillez de vida refleja la justicia del corazón y la mente. Para que nuestro estilo de vida se conforme a la voluntad de Dios, necesitamos tener un corazón que sea justo ante Dios; un corazón que busque primero que todo su Reino (Mateo 6:33). Si es ésta la actitud de nuestro corazón y de nuestra mente, descubriremos que los demás aspectos de la vida van cayendo cada cual en su

perspectiva debida.

Este principio no condena de manera automática a las personas que tienen riquezas, siempre que su actitud hacia esas riquezas sea correcta. Por otra parte, sí condena a las personas que tienen pocas posesiones, y sin embargo, atesoran indebidamente lo poco que tienen, o codician lo que otros poseen.

Tanto a ricos como a pobres, este principio nos llama a ser sensibles a las cosas del Espíritu. Entonces no nos deslumbraremos ante las cosas materiales y esencialmente superficiales de la vida, ni las codiciaremos, ya se trate de casas grandes, autos de lujo, ropas finas, piscinas o incluso iglesias impresionantes.

La sencillez de vida le da valor a la dignidad humana. Los cristianos reconocemos que el valor de una persona no procede de las cosas que posee, sino del hecho de haber sido creada a imagen de Dios. Por eso todos nosotros, tanto ricos como pobres, somos iguales ante sus ojos. Medir el valor de alguien por sus riquezas, su posición social, sus extensas posesiones u otras normas parecidas, equivale a disminuir su dignidad como ser creado a la imagen de Dios. La sencillez de vida reafirma el hecho de que hemos aceptado esta verdad.

La sencillez de vida es encarnación de la mayordomía. Los cristianos sabemos que recibimos para poder dar. Nuestras granjas, nuestras cuentas de banco, nuestras profesiones; de hecho, todo lo que tenemos, no es nuestro, sino de Dios. Amontonar nuestro dinero, explotar al máximo nuestras tierras, de manera que todo obre sólo para nuestro propio provecho, equivale a abusar de los dones que Dios nos ha dado. En lugar de esto, los cristianos decimos con el apóstol Pablo que la razón por la cual se adquiere el dinero no es gastarlo, derrochándolo en

nosotros mismos, sino tener con el fin de poder compartir con los demás (Efesios 4:28).

La sencillez de vida comprende las necesidades del mundo. A los cristianos nos interesa la relación de nuestro estilo de vida con los millones de personas que hay en el mundo entero, incluso aquéllas que carecen de medios para llevar una vida saludable. El cómodo estilo de vida que busca la gente pudiente de Norteamérica es uno de los principales factores que contribuyen a la incomodidad que sienten muchos otros que viven en países en desarrollo. Para llegar a tener relevancia ante estas personas, los cristianos de Norteamérica necesitamos tomar también decisiones económicas sabias acerca de nuestro estilo de vida.

“¿Cómo es posible que ustedes los norteamericanos sean cristianos, cuanto tienen tantas posesiones y tantas riquezas?”, le preguntó un africano a un misionero en una ocasión. Siglos antes, Juan había hecho una pregunta muy similar a ésta: “El que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?” (I Juan 3:17).

La sencillez de vida reconoce que nuestras necesidades son mínimas. Se nos ha condicionado a querer mucho, y las cosas que queremos tienen la tendencia a convertirse en “necesidades”. Sin embargo, en nuestra condición de cristianos, nuestro contentamiento no está en acumular cosas, o en satisfacer aquello que nosotros percibimos como una necesidad, sino en Jesús. La madurez espiritual del cristiano incluye el que llegue a decir junto con Pablo: “He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación” (Filipenses 4:11). Estas palabras adquieren un sentido más profundo cuando nos damos cuenta de que Pablo las escribió estando en prisión.

La sencillez de vida evita los peligros que se derivan con frecuencia de la riqueza. Jesús dijo en la parábola del sembrador que las riquezas son engañosas, porque ahogan la Palabra (Mateo 13:22). Nos estaba advirtiendo que si no nos cuidamos, las posesiones terminan afectando a nuestra alma: Hasta es posible que lleguemos a confiar más en nuestras riquezas, que en Dios. Nuestras posesiones nos pueden dar una falsa sensación de poder, llevándonos a pensar que tenemos el control de nuestra vida, cuando en realidad no es así. Por eso Jesús dijo en otro momento que no podemos servir al mismo tiempo a Dios y a las riquezas (Mateo 6:24). En el mejor de los casos, poner nuestra fe en las cosas materiales equivale a tomar un desvío en nuestro camino hacia la Tierra Prometida.

La sencillez de vida valora la belleza y la felicidad. Aunque vivamos con sencillez, los cristianos disfrutar también de la vida. Los cuadros de nuestras paredes, los libros de nuestros estantes, la música de nuestros CDs, si están de acuerdo con el buen gusto y los compramos a precios moderados, son medios de enriquecer nuestra vida y de glorificar a Dios. Los momentos en que se disfruta de una cena con parientes y amigos también puede formar parte del gozoso mundo del cristiano. Jesús mismo cenaba en los hogares de los ricos; tampoco condenó a la mujer que derramó el costoso bálsamo sobre sus pies; sin duda alguna, admiró al belleza del Templo. Pablo nos señaló cuál debe ser el tono correcto cuando dijo: "Si, pues, coméis o bebéis [si os invitan a un banquete], o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios" (I Corintios 10:31).

John Cooper, en la obra *The Joy of the Plain Life* ["El gozo de la vida sencilla"], presenta tres directrices (a las que llama "contra-hábitos") para poner en práctica

los principios bíblicos. Estas directrices no agotan el tema, pero sí ilustran cuáles son las ideas fundamentales que llevan a buscar la sencillez en el estilo de vida:

1. Cultive una actitud de distanciamiento con respecto a la publicidad. Esto puede significar el que apaguemos el televisor o la radio durante los comerciales, cancelemos nuestras suscripciones a las revistas que se especializan en una publicidad lujosa y orientada al consumidor, que pasemos por alto los anuncios de la internet y que evitemos la sección de ventas de los periódicos.
2. Vuelva a evaluar aquello que ya posee. Pregúntese si algunas de las cosas que posee en la actualidad son realmente necesarias. Cultive la posesión compartida de equipos y herramientas con sus vecinos.
3. Niéguese a compararse a sí mismo con aquéllos que tienen más que usted. El sueño norteamericano está construido sobre la base de "mantenerse a la par de los Pérez". Recuerde que esto equivale a medirse con una medida errónea. Siéntase satisfecho de sí mismo, aunque tenga menos cosas "bellas" que sus amigos o vecinos. Cuando fijamos nuestros ojos en lo que nosotros no tenemos y en lo que tienen los demás, nos metemos en problema, tanto espirituales como de otras clases.

A lo largo de los siglos, la renovación espiritual entre los grupos de cristianos casi siempre ha ido acompañada por un llamado a un estilo de vida más sencillo. Ese llamado se produce ahora, en nuestros tiempos, tal vez con más fuerza que nunca antes, cuando tenemos en cuenta cómo es posible que, en medio de una era y una sociedad opulentas, nosotros nos podamos convertir en seguidores dignos de Aquél que al nacer, fue puesto en un pesebre.